

tanto, quiero sólo señalar aquí su ejemplo.

Su ejemplo, sí, porque lo que hay que hacer es eso. Reunir nuestros tesoros dispersos y ofrecérselos, de manera museal, a los españoles. Si yo fuese alguien, dispondría la creación de museos de todo en toda España. Aprovecharía edificios vetustos, castillos o palacios hoy en ruinas, y pondría en cada comarca —si fuera posible en cada pueblo— un museo de lo que haya caracterizado a la actividad artística, artesanal o industrial de su pequeña región. Cerámicas, trabajos populares, trajes regionales, bordados, exvotos, trabajos de

pastor, muebles, etcétera, tendrían exhibiciones permanentes en sus lugares de origen más idóneos. Por supuesto, también habría museos de arte y de arqueología.

Creo que si se desarrollase una emulación local o regional en ese orden, nacería un deportivismo de todo eso que complementaría a la operación rescate y, sobre todo, complementaría a todos las medidas proteccionistas de nuestro patrimonio artístico. Pero ésta no sería la única medida. De momento, sí, serviría para que esa España, que llamamos «diferente» fuese mucho más habitable. ■

MORENO GALVAN.

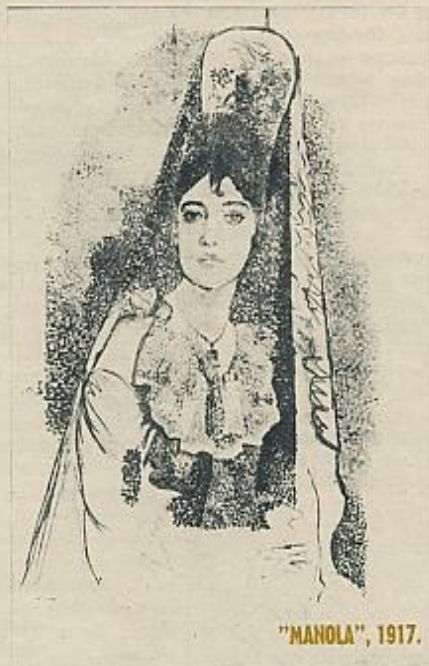
Conversación en la librería

Entré en la librería. La muchacha, de faldita breve y gafas Barbudo, abrió una sonrisa culta. «¿Tiene usted la última novela de Graham Greene? No recuerdo el título...». La muchacha entendió rápidamente: «Se llama *Travels with my aunt*. Aquí la tiene usted, en una bonita edición de Bodley Head...». Me animó el éxito. «También quisiera, y tampoco recuerdo el título, la última novela de Ana María Moix». La muchacha perdió la sonrisa. «¿Cómo dice usted? ¿Quiere usted darne letras?». Deletreé. «¡Muá!», tradujo ella rápidamente al francés. Era una tontería, pero daba gusto verla fruncir la boquita y hacer la onomatopeya de beso de curso oficial en la calle de Serrano («muá, muá»). «No, no es francesa», expliqué. Había oído al quite otra compañera, también con faldita, gafas y sonrisa inteligente —de la misma colección—, que exclamó rápidamente: «¡Moecs, Moecs!», con un pequeño graznido de pájaro. «No, no, tampoco es inglesa». Las onomatopeyas habían atraído al señor importante de la librería, que apartó a las avocillas culturales y me tranquilizó. «Verá usted —dijo—, a mí me suena ese nombre, pero...». «La sonará a usted de Terenci Moix...». «¡Teréns Muá!», gritó la trancazona, al mismo tiempo que la anglótona exclamaba: «¡Téres Móecs!». «No, no —volví a explicar—, son dos hermanos...». El señor me miró como si estuviese ahuyentando a un insecto. «Son catalanes». El señor y las señoritas aumentaron su mirada de reprobación. «Estos días han hablado de ellos los periódicos...». «¡Periódicos!» —dijo el señor importante de la librería—. «Aquí no hemos periódicos. Y no tenemos nada de esos autores. Será mejor que busque usted en una librería más corriente». Y así, pagué mi ejemplar de Graham Greene y me fui. ■ H.

BARCELONA, CIUDAD DE PICASSO



"CIENCIA
Y CARIDAD",
1896.



"MANOLA", 1917.

Fue en 1919 cuando Picasso dio a Barcelona por vez primera una obra suya: el «Arlequín». Después de la donación de Sabartés, el secretario y amigo íntimo del pintor, la ciudad catalana podía ofrecer una muestra espléndida de la obra picassiana. Ahora, la entrega de la colección que se guardaba en casa del doctor Villato, en el paseo de Gracia (cerca de 900 telas, dibujos y croquis), convierte al museo de la

calle Moncada, el antiguo palacio de Berenguer de Agullar, en el más importante del mundo sin duda alguna.

La donación, tramitada a finales de febrero, y en la que ha tenido una participación importante Jacqueline, la mujer del pintor, viene a ser un homenaje a la ciudad que tan ligada está a los años jóvenes del artista malagueño: estudió en

su Escuela de Bellas Artes, en la que era profesor de dibujo José Ruiz Blasco, su padre; allí conoció sus primeros éxitos artísticos, y en ella vivió los días de bohemia y de comunicación artística de Els Quatre Gats, tertulia de Ramón Casas, Santiago Rusñol, Utrillo, Nonell, Sabartés y él.

La obra que enriquece el museo de la calle Moncada fue ejecutada en Málaga, La Coruña y Barcelona.

Aparte del valor artístico que toda ella posee, algunas de las telas donadas tienen un enorme interés para el estudioso y el exegeta de la obra picassiana: por ejemplo, el cuadro titulado «Ciencia y Caridad» (1896), o los dibujos correspondientes al movimiento literario y artístico catalán al que nos hemos referido... Hay y cuadros puntillistas, como la «Manola» que aquí reproducimos, o de la época ya cubista.